y abnegacion y no siempre sigue á su amo por interés y egoismo, sino que muchas veces revela que lo hace por cariño y agradecimiento, aunque generalmente obra por móviles interesados. Y si á esto se añade que no representa en absoluto la experiencia ó el buen sentido, se seguirá que es la experiencia sin idealidad y el buen sentido sin pureza de motivos: el sensualismo práctico que desconoce lo ideal y no tiene otro móvil que el propio interés. Y sin embargo de esto, es bueno y simpático en el fondo, porque su error ántes nace de ignorancia que de malicia. Tal es Sancho Panza.

Don Quijote y él se limitan y completan, se oponen y se ayudan: el uno sin el otro no podrian vivir tal como son en la fábula de Cervantes. Son dos mitades del sér humano, que separadas van al abismo y unidas irian á la realizacion de los más grandes hechos. Quítese al alma del uno el idealismo que le sobra y será perfecta; dése á la del otro un rayo del ideal que le falta y tambien lo será. Don Quijote es la fantasía y el sentimiento sin la razon y la experiencia: Sancho el entendimiento reflexivo y el sentido práctico y experimental sin la idealidad y el entusiasmo. Términos ambos de una antítesis, son verdaderos y, por tanto, buenos y simpáticos en lo que afirman, y falsos y ridículos en lo que niegan. Don Quijote tiene razon en querer realizar la justicia; pero se equivoca al pensar que el esfuerzo individual y la vida andante bastan para ello, y que esto es posible en el siglo XVI. Sancho tiene tambien razon en burlarse de la candidez de su amo y en recomendarle la prudencia; pero no la tiene al erigir en regla de conducta el interés personal y al negar todo lo ideal en la vida. Sobre esta *antítesis* cabe una *síntesis* que no supo ó no pensó Cervantes formular (y aquí se muestra que no tuvo conciencia de ello), pero que dejó adivinar en algunos de sus personajes secundarios. Esta síntesis, que es la leccion moral que resulta de la obra, es que el hombre ha de tener el idealismo noble de D. Quijote unido á la prudencia juiciosa de Sancho, pero sin la candidez rreflexiva del primero ni el egoismo grosero del segundo. No son, por tanto, el amor á lo ideal ni el recto sentido práctico de la vida lo que en el *Quijote* se condena, sino las exageraciones de ambos principios.

Para terminar este estudio de los personajes pintados por Cervantes en su inmortal novela, debemos decir que, en general, los caractéres del *Quijote* se distinguen por la propiedad y variedad, que les hacen ser admirables: están delineados de mano maestra y con colores muy vivos y sostenidos. Todos los personajes que figuran en esta obra maestra del ingenio, hasta los que están colocados en tercer término, son personajes perfectamente caracterizados, si bien no tienen verdadero enlace entre sí, exceptuando á D. Quijote y Sancho. Dulcinea es la personificacion del ideal desconocido y por desconocido deseado, ideal imposible y oscuro detras del cual camina desatentado el irreflexivo idealista. Los demás personajes son tambien notables, y están muy bien dibujados: el cura y el barbero representan el buen sentido más bien que Sancho Panza. Sanson Carrasco es el crítico que se burla del loco idealista, á quien, por otra parte, estima de veras y quiere corregir en su locura; no es como los Duques, frívolos y crueles burlones que sólo ven en D. Quijote un agradable entretenimiento. En suma, en la pintura de los caractéres se mostró Cervantes rico y vário y gran observador y conocedor profundo del corazon humano y aún de nuestra naturaleza física: este es un mérito indisputable que da mucho valor y realce á su inmortal *D. Quijote.*

En resúmen: considerado el *Quijote* en su aspecto filosófico social, es una acerba crítica de los libros de caballerías y del ideal feudal caballeresco, hecha bajo la influencia del renacimiento, de que fueron ecos en Italia, Ariosto, Pulci, Bojardo y Berni; en Francia, Rabelais, y en España, Cervantes; pudiendo, además, hallarse en él la representacion alegórica (inconscientemente concebida por su autor) de la lucha eterna entre el idealismo y el positivismo exagerados, así como la satírica censura de esta doble exageracion.

Despues de las consideraciones que preceden, tócanos estudiar el *Quijote* considerándolo como una mera produccion, literaria, correspondiente á los géneros que hemos

denominado *poéticos compuestos*, y dentro de éstos á la *Novela*.

Lo primero de que bajo este concepto debemos tratar, es del plan en que Cervantes desenvolvió el pensamiento de su *D. Quijote*.

A poco que se medite sobre este punto, hallaremos esta conclusion, hija exclusiva de los principios en que se funda toda crítica meramente artística, á saber: que el plan general del *Quijote* es tan sencillo como original, y que carece de una accion verdadera, en el riguroso sentido de la palabra.

En efecto; todo el plan de esta novela (que consta de dos partes, de las que la última contradice el dicho de Cervantes de que «nunca segundas partes fueron buenas»), está fundado en las aventuras de un hidalgo y honrado caballero, de carácter noble y apacible y tan valeroso como instruido, que habiéndose dado con exceso á la lectura de libros de caballerías pierde el juicio, y lleno de fé y de entusiasmo se entrega de lleno á realizar las más absurdas y disparatadas aventuras caballerescas, en union de un rústico bonachon y malicioso á la vez, que le sirve de escudero, y que es un carácter con mezcla de honrado y embustero, de bondadoso y egoista, de ignorante y crédulo, de algo de inteligente y de no poco de socarron. En las aventuras que suceden á estos dos personajes, tan donosas como originales y que entrañan la crítica más acerba de la institucion de la caballería andante y de la literatura que produjo, descansa todo el plan de la fábula que, como se ve, no puede ser más sencillo. Su originalidad estriba, no sólo en la peregrina concepcion del poeta, que es de todo punto nueva, sino en la manera de realizarla, mediante los dos personajes indicados, que son el alma de toda la novela, y en los pormenores y episodios de ésta, á cual más nuevo y sorprendente, más chistoso y deleitable y más singular y raro. Mas á pesar de la sencillez indicada, no hay en la accion del *Quijote* la debida unidad. Esta existe en el pensamiento, más no en la accion de la novela. No todos los acontecimientos, no todas las aventuras que en ésta suceden preparan y precipitan el desenlace: hay en el *Quijote*, como dice el Sr. Valera en su *Discurso* citado, sucesos é incidentes que son de todo punto independientes de la accion, del movimiento de la fábula, y no preparados por ella. Aparte de los episodios que nada tienen que ver con el pensamiento generador de la novela y que bien pudieran no existir sin menoscabo de la accion principal de ésta, el sanar D. Quijote de su locura y la muerte de este personaje, son desenlaces independientes de la accion y no preparados por ella. En este concepto no hay, pues, en el *Quijote* la unidad que requieren el desarrollo y progreso de toda fábula bien urdida.

Mas esta falta, inevitable dado el asunto, no es culpa del poeta ni en nada daña al interes del libro. Este es siempre vivo y sostenido. La originalidad, la infinita variedad y la extrañeza de las aventuras, que están á cual mejor ideadas, y los chistes de que se hallan sembradas y que nacen de la locura y candidez de D. Quijote y de la simplicidad y malicia de Sancho, se lo dan muy grande hasta el fin, no ménos que los diálogos tan graciosos que tienen lugar entre ambos personajes y los cuadros interesantes, llenos de verdad y movimiento que á cada paso nos ofrece el poeta. El lector halla siempre en el *Quijote* una fuerza irresistible que le impulsa á no dejar el libro, á seguir adelante sin cansarse: le sucede con su lectura como á D. Quijote con su manía, esto es, que siempre está anheloso de hallar una nueva aventura. Por otra parte, Cervantes supo manejar con gallarda é inimitable maestría el resorte de la risa, con lo cual reviste de un atractivo grandísimo las situaciones en que coloca á sus personajes. A la vez que el lector siente las desgracias de Don Quijote se ve contínua y vivamente excitado á reir, pero con la risa propia de los Dioses homéricos. Todas estas circunstancias conspiran unísona y constantemente á sostener el interes de la novela. Al mismo fin contribuye la manera como Cervantes llevó á cabo la traza de los personajes que figuran en su obra. La propiedad y la variedad de los caractéres y la abundancia de éstos, son circunstancias que, ciertamente, contribuyen mucho á dar interes á la novela cervantesca. Todos ellos son verdaderas creaciones artísti-

cas y están delineados con una verdad, un colorido y una viveza que encantan, y que dan un atractivo grande á la fábula, ayudando, por lo tanto, á que su interes sea mayor y más sostenido.

Tambien ayudan á sostener y acrecentar el interes de la fábula en el *Quijote*, la mágia y la galanura de que, salvo ciertos defectos que más adelante señalamos, aparecen revestidos el estilo y el lenguaje. Cuando éste carece de deleite decae el interés en las obras de imaginacion, y por el contrario, si es bello y ameno lo hace subir considerablemente. Esto sucede con el *Quijote*. Ningun libro posee en tan alto grado como él semejante cualidad, á la que sin disputa debe gran parte de la fama que tiene, habiendo merecido por ello su autor el primer puesto entre nuestros hablistas, y el alto honor de que por antonomasia se apellide al idioma castellano *habla de Cervantes*. La fluidez, la claridad, la pureza, la armonía y la variedad son otras tantas cualidades que embellecen en sumo grado el lenguaje del *Quijote*. «En ningun otro libro, dice con mucho acierto el »Sr. Fernandez Espino en su obra ántes citada, se encuen»tran la variedad y gracia de sus locuciones, la elegancia »y energía de su estilo, la novedad de sus giros, la armonía »encantadora de sus períodos y la soltura y felicidad de sus »modismos.» «Sus cláusulas, añade más adelante, fáciles y »candeciosas, se adaptan á todos los sentimientos é ideas, »y siempre encuentra los medios más oportunos para la ma»yor hermosura de la expresion.» Esta facilidad que tenia Cervantes de adaptar su lenguaje á todos los tonos, á todas las situaciones y á todos los caractéres, es una de las cualidades que más embellecen al *Quijote*. La viveza y gracejo de los diálogos no le prestan ménos encanto. En fin, bajo el punto de vista del lenguaje y del estilo, la novela de Cervantes es una obra magistral, que está por cima de toda ponderacion, por lo que debe estudiarse constantemente por cuantos aspiren á manejar con alguna perfeccion el idioma castellano.

En cuanto á los defectos de que adolece el *Quijote*, la crítica ha sido demasiado minuciosa y desconsiderada en buscarlos. Sin duda que la exajeracion en censurar y rebajar más ó ménos encubiertamente la novela de Cervantes, nace de dos causas bien distintas, á saber: los elogios hiperbólicos que algunos han hecho del *Quijote* hasta el punto de llamar á su autor, como lo hizo Mor de Fuentes, *ilustrador del género humano*, y de atribuirle todo género de perfecciones y excelencias, como hacen, con notable exajeracion, ciertos modernos cervantistas; y la nimia crítica del pseudo-clasicismo francés del último siglo, que cifraba todo el mérito de una obra literaria en el atildamiento, en la correcion amanerada á fuerza de ser escrupulosa, en la simétrica regularidad de las partes y en el afiligranado primor del todo, subordinando, por ende, la poesía á un fin extraño, fin que en último resultado venia á realizarse en la demostracion de una tésis más ó ménos moral. Con semejante criterio por base, fuerza era encontrar en el *Quijote* defectos de monta, y áun se vino á parar á una conclusion contraria: la de poner su mayor mérito en aquello que realmente no lo tiene.

Desentendiéndonos de la crítica que del *Quijote* han hecho los clasicistas, vamos á tratar de poner de relieve los defectos de la novela de Cervantes, sin dejarnos llevar del espíritu minuciosamente analítico y gramatical que inspiró á Clemencin sus comentarios, los cuales tienen muchas veces en lo que censuran contestacion muy cumplida.

Los defectos que en realidad deben achacarse al *Quijote* quedan, en nuestro sentir, reducidos á estos cuatro puntos: 1.° la intercalacion de algunos episodios y cuentos que no están relacionados directamente con la accion principal y que á veces pecan de demasiado extensos, como la novela de *El curioso impertinente* y *La historia del cautivo*, por ejemplo; 2.° algunos descuidos y olvidos de Cervantes, que pueden achacarse á la circunstancia harto probada de que éste no corrigió el original ni las pruebas de su libro (1); 3.° va-

(1) Hay en el *Quijote* algunos anacronismos de poca monta que, más que otra cosa, denotan un descuido que es hijo de la ligereza con que se escriben las obras de imaginacion, y que seria censurable tratándose de una disertacion académica. Otro descuido, que justifica esto

rias faltas gramaticales de escasa importancia (1); y 4.º el haber puesto algunas aventuras que ademas de ser demasiadas en número, desdicen en lo general del libro, con el objeto de aludir al *Quijote* de Avellaneda, de que luego hablaremos. Tales son, en suma, los defectos (sin duda no muy graves), que bajo el punto de vista del arte, la crítica hallará siempre en el *Quijote*, defectos hijos en su mayor parte de la manera como Cervantes escribió su obra.

No se puede hablar del *Quijote* de Cervantes sin tratar, siquiera sea someramente, de otro libro que ha dado y áun da hoy lugar á muy animadas contiendas.

Ocupábase el insigne manco de Lepanto en escribir la segunda parte de su famosísima obra en el verano de 1614, cuando llegó á sus manos un libro que con el título de *Segundo tomo del ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha*, publicó en Tarragona en dicho año un sujeto encubierto con el pseudónimo de ALÓNSO FERNANDEZ DE AVELLANEDA. Más que la osadía que demostraba quien se jugó capaz de proseguir libro tan grande como el *Quijote* verdadero, hubo de llamar la atencion la manera agresiva con que el escritor que con el nombre de Avellaneda se encubria, trataba á Cervantes en el prólogo del apócrifo *D. Quijote*, echándole en cara hasta su manquedad, vejez y buenos servicios, y tratando de presentarlo como émulo y enemigo de Lope de Nega (2). A pesar de lo inícuamente tratado que se vió Cervantes por su oculto rival, no se excedió en la respuesta que le dió en el prólogo de la segunda parte de su verdadero *D. Quijote*; ántes bien se mostró por extremo discreto y comedido, declarando que, puesto que los agravios despiertan la cólera en el pecho humilde, en el suyo habia de padecer excepcion esta regla. Al propio tiempo hizo presente que la segunda parte que ofrecia al público, era cortada del mismo artífice y del mismo paño que la primera, y que en ella daba á *D. Quijote* dilatado y finalmente muerto y sepultado, porque ninguno se atreviera ya á levartarle nuevos testimonios. A partir del capítulo LIX de la segunda parte dicha, Cervantes endereza el látigo de su poderosa sátira contra su encubierto enemigo, á quien hasta el fin zahiere y maltrata, burlándose de él con su natural donaire y llamándole *aragonés*, porque solia omitir el artículo en algunas locuciones que gramaticalmente deben tenerlo.

La fama que ya tenía el verdadero *Quijote*, dió cierta celebridad al de Avellaneda; lo cual unido á las alusiones y ataques que en éste se dirigian á Cervantes, despertó en todos los escritores el deseo de conocer al encubierto autor. La crítica se entró desde luego por el campo de las indagaciones y de las conjeturas y ha pronunciado los nombres de Fray Luis de Aliaga y de Fray Juan Blanco de Paz, confesor del rey el primero, dominico el segundo, y ambos enemigos de Cervantes. Trabajos muy concienzudos y eruditos se han dado á luz para probar que Aliaga es el autor verdadero de la segunda parte del *Quijote*, y la verdad es que en favor de él militan las mayores probabilidades y las opiniones más respetables, de tal modo que hasta hace poco tiempo se tenía por la generalidad como resuelta la cuestion desde el momento en que salió á plaza el nombre de Aliaga. Mas en

---

mismo que decimos, es el que á veces comete Cervantes variando los nombres de sus personajes. Tambien tiene la obra que nos ocupa errores como el llamar laberinto de Perseo al laberinto de Teseo y Bootes á uno de los caballos del sol, y como el de citar como de Virgilio un verso de Homero, y *vice-versa*.

(1) Adolece, en efecto, el *Quijote* de locuciones afectadas, de incorrecciones, de repeticiones de palabras y de algunas faltas gramaticales debidas las más al descuido de los copistas ó de los impresores, que era grande en aquella época, circunstancia que al juzgar de este punto debe tenerse muy en cuenta, no ménos que la de que entonces la lengua castellana y su gramática no estaban tan fijas y sujetas á preceptos como en el dia.

(2) Sin duda que el supuesto Avellaneda se propuso con su libro, entre otros fines, el de defender á Lope de Vega de agravios que le habia inferido Cervantes, ó mis bien, malquistarle con éste, aprovechando la inquinia que desde tiempo atrás existía entre ambos escritores, cuyas relaciones nunca fueron cordiales, aunque otra cosa pareciera. De aquí el que algunos atribuyan el falso *Quijote* al mismo Lope de Vega. En lo que no hay duda es en que el supuesto Avellaneda debió ser muy amigo del *Fénix de los ingenios*. Algunos han creido que el autor de la obra que nos ocupa fué Alarcon, cosa poco verosimil, dado el noble y pacífico carácter de este essritor.

un libro hace pocos años publicado, se puso en duda que el tal Aliaga sea el autor del falso *D. Quijote*, con lo cual el problema literario ha vuelto á plantearse y se han hecho nuevas hipótesis, quedando la cuestion para muchos como estaba en un principio (1).

A quien quiera que sea el autor del *Quijote* apócrifo, hay que reconocerle, sino la mejor intencion, disposiciones no vulgares, pues su obra no sólo revela inventiva é instruccion nada escasas, sino un talento que no puede calificarse de mediocre. Si su libro no merece los exagerados elogios que algunos le han prodigado, tampoco es acreedor á todas las diatribas que se le han dirigido. Lo que más le desfavorece es la comparacion con el de Cervantes: sino hubiese existido la segunda parte de éste, hubiera alcanzado gran éxito. Por mucha que sea la prevencion con que se mire el libro del supuesto Avellanada, nunca podrá negársele bastante facilidad en la invencion, chiste y gracejo y un lenguaje suelto y castizo, aunque no siempre exento de faltas, algunas de las cuales acusan carencia de gusto literario. Sin embargo de todo esto, el *Quijote* de Avellaneda es cansado y carece de la profundidad y trascendencia del de Cervantes, estando por otra parte en él mal sostenidos los caractéres, que exagera con ninguna fortuna. El D. Quijote del libro apócrifo es un loco majadero, sin rumbo fijo y sin el pensamiento del de Cervantes, un valentón, un loco furioso, que se cree un Aquiles ó cosa así. De Sancho hizo Avellaneda un gloton estúpido, á pesar de que algunos afirman que lo relativo á este personaje es lo mejor de la obra que nos ocupa, en la cual, y sin embargo de que el autor alardea de devoto y de místico, hay escenas inmorales que ofenden á la

(1) Nos referimos en esta conclusion al libro del Sr. Tubino titulado *Cervantes y el Quijote*, en el cual aduce el autor razonamientos y datos de importancia para la cuestion, que despues de examinados con algun detenimiento, pudieran hacer dudar acerca de sí, como se ha creido, fué Aliaga el autor encubierto bajo el nombre de Avellaneda. El Sr. Tubino cree y pretende demostrar que nó, con lo cual se opone á la opinion generalmente admitida y que ha sido y es sostenida por eruditos de fama.

decencia, como son las anécdotas y aventuras de Bárbara, que es una especie de caricatura de la graciosa y sin par Dorotea presentada por Cervantes. Además, el desenlace de la novela de Avellaneda es pobre, pues concluye con el encierro de D. Quijote en una casa de locos, lo cual es un fin desdichado. Mas volvemos á decir que el libro del supuesto Avellaneda tiene bastante de estimable y que no hubiera dejado de hacer fortuna, á no oponerse á ello estas dos circustancias que le perjudicaron mucho: la mala intencion con que fué escrito y la publicacion del de Cervantes, con el cual no pudo resistir la comparacion.

Concluyamos el cuadro que nos habiamos popuesto trazar del *Quijote* verdadero, recordando que no sólo consiguió su autor, segun en esta leccion dejamos ya dicho, el fin que se propuso, sino que ha logrado que el mundo todo tribute á su obra un homenaje de admiracion que durará mientras viva la humanidad, la cual no podrá ménos de celebrar, cada dia con más regocijo, el fertilísmo y poderoso ingenio del autor de *El ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes Saavedra.